

dose a su carácter, Ramsay Mac Donald dice en la biografía que consagra a su memoria: «Volver hacia ella los ojos en días de tormenta y de angustia, era como hallar un puerto seguro, donde las aguas son mansas, bajo la sonrisa del cielo».

Quince años duró esta idílica existencia. Cuando las cosas se complicaban demasiado en Londres, la pareja iba a pasar cortas temporadas a una pequeña casa de campo situada en Chiltern Hills, o bien a Escocia, a la humilde aldea de pescadores en donde se deslizó la estudiosa adolescencia de Mr. Mac Donald.

«Más tarde, la pareja emprendió viajes por el Canadá, los Estados Unidos, Africa del Sur, la India y demás colonias inglesas. También recorrió todo el Continente europeo. Muy pocos Jefes de Gabinete ha habido en Inglaterra que conozcan tan bien el Imperio y en general, el mundo, como Mr. Mac Donald. Viajó, no por diversión, sino para informarse, y la inapreciable experiencia que dan los viajes se la debió también a su mujer. Durante esos viajes, escribió algunos libros y muchos artículos. Y sea ésta la ocasión de decir que Mr. Ramsay Mac Donald escribe con un estilo y con una gracia que ya quisieran para sí muchos literatos célebres.

«Estos días de felicidad y bonanza se prolongaron por espacio de quince años. Los fundamentos del actual Labour Party estaban echados, y Mac Donald, en colaboración con Keir Hardie, era su fundador. Habíanse realizado grandes cosas... ¿Mas no es justo decir que la verdadera fundadora del partido había sido Margaret Mac Donald, pues se lo había facilitado todo a su marido?»

Pero había una distancia larga y dura de recorrer entre esos días de idilio y el gobierno de la patria. La esposa de Mac Donald murió en 1911, y durante algunos años el incansable político no pareció darse cuenta de donde estaba, según cuentan sus amigos. Finalmente, llegó el día en que se vieron animados grupos de pescadores discutiendo y conversando animadamente por todas las faldas de los cerros de Moryshire, en Escocia. No era nada menos sino que un paisano suyo, Ramsay Mac Donald, acababa de ser llamado por el Rey para confiarle el timón y la escafa de un bote mucho más grande que el más grande que en los mayores delirios de su fantasía hubieran podido imaginar aquellas sencillas gentes.

Lo cierto es que nunca se puede prever a donde llegará un escocés. El hijo mismo de un humilde criado de estancia, como Ramsay Mac Donald, puede sentir en su pecho, mientras desempeña maquinalmente sus humildes menesteres, el fuego divino de los grandes destinos.

Aún viven en el pueblecillo de Lossiemouth, quienes se sentaron en los bancos de la escuela donde el joven Mac Donald con sus incesantes preguntas al maestro hacía estallar a los muchachos en cuchicheos burlones, y a las muchachas, en carcajadas contenidas. Pero esos no sabían que

el preguntón, cuando ellos ya ensordecían las calles con sus bufonadas, continuaba recibiendo la lección del anciano maestro, los ojos bien abiertos, el ceño fruncido, y el espíritu insaciado e insaciable.

Amaneció un día en que Lossiemouth fué demasiado estrecho. Allí abajo, envuelto en la indecisa neblina, el dedo de Londres le hacía señas, señas de que viniese. Y el muchacho vino, y de una vez fué a dar en un almacén donde por 15 chelines semanales facturaba mercancías.

Muchos días pasó sin almorzar, dedicando la hora del mediodía a alimentar el espíritu en la biblioteca del Guildhall. De noche estudiaba sin tregua ni descanso, apasionado por las ciencias naturales. Un momento se hubiera creído que el campo científico sería el de sus triunfos, pero la rueda de su fortuna cambia repentinamente de rumbo, y lo llevó a la política.

De ahí pasó a Secretario privado de Thomas Lough, con \$ 375 anuales y algo de tiempo libre, que empleaba íntegramente en estudiar y escribir. Sus labores en la Prensa aumentaron considerablemente sus entradas de dinero; y el fondo de sus conocimientos. Con las primeras le edificó a su madre una nueva casa en Lossiemouth, allá donde el mar ruge, y pájaros extraños pasan rozando las olas. Con el segundo creció él mismo en sabiduría, y en su corazón creció el amor por sus semejantes.

Una naturaleza tan sensible como la suya es naturalmente impresionable. Una de las figuras del día era entonces Keir Hardie, y sin duda a la influencia de este hombre se debieron en mucho las certezas que en el ánimo de Mac Donald precedieron a su abandono del Partido liberal. Sea como fuere, en 1894 escribió a Hardie sobre la organización de un partido laborista independiente, y manifestándole sus intenciones de enderezar su destino hacia ese lado. De esta suerte lo encontramos en lo fino de la lucha de 1895, con el partido del trabajo.

Las elecciones le fueron impropicias, pero de la derrota nació la fortuna. Claro está que no se habla aquí de la fortuna material, aunque haya habido algunos lo bastante injustos para afirmar que Ramsay Mac Donald, el que ha dedicado todas sus energías al mejoramiento de sus compatriotas, el que en su ansia de felicidad para todos ha visto más allá de los límites de su país, el que se ha avergonzado de las pequeñas envidias que han nacido a su rededor, ha sido un mero buscador de fortuna pecuniaria.

Vino luego 1911, el año luctuoso para Mac Donald. En febrero, cuando la alegría precursora de la primavera comienza a brillar en todo Londres, murió su hijo menor. Ocho días más tarde, su anciana madre. Y por último, en setiembre, el ser a quien Ramsay Mac Donald amó más intensamente. Tan rudos golpes lo agobiaron. Hundiéronsele los ojos, y los cabellos se le tornaron grises. Con los cuatro niños que le

quedaron se retiró a Hampstead. Toda la luz de su vida pareció haberse extinguido. Pero de pronto un día el varón fuerte alzó la cabeza, y se propuso que el mejor monumento a la memoria de la querida esposa ausente para siempre, sería su propia vida entregada a continuar la grande obra que con la colaboración de ella había comenzado.

Antes de volver a la vida pública escribió una remembranza de ella, que editó privadamente, y a la cual pertenece el siguiente párrafo:

«Doy remate a este modesto tributo, que he querido rendir a su memoria, en el mismo lugar en que lo empecé, y que es la misma casa a donde vinimos juntos por vez primera. Acabo de recorrer un paseo por donde a ella le gustaba caminar en las primeras horas de la noche. La ancha bóveda del cielo centelleaba de luces, como cuando ella y yo nos paseábamos del brazo, resaltando ella como una gema preciosa en medio de las tinieblas de lo incierto; el mar gruñía lo mismo que cuando ella se detuvo y me dijo: «No hablemos; caminemos en silencio, porque así nos comunicamos con más verdad». El siniestro chillido de un ave nocturna resonó ahora igual que entonces, cuando ella vino aquí por primera vez, y se sobrecogió y dijo que se cansaba de admirar y admirar el misterio que encierra el corazón de lo infinito».

La muerte de su esposa fué para Mac Donald un golpe dolorosísimo, del cual tardó mucho en reponerse. La obsesión de la muerte lo persiguió a tarde y a mañana. «A veces me parecía, dice Ramsay Mac Donald, que ella me hablaba y me daba consejos, como antes solía».

Durante la guerra, Mac Donald perteneció al grupo de laboristas radicales que opinaban que Inglaterra debía mantenerse neutral, lo cual lo hizo objeto de furiosos ataques por la Prensa y en el Parlamento. Conservó, sin embargo, el respeto y la admiración de muchos personajes importantes, que se hallaban en desacuerdo con él, especialmente Mr. Lloyd George.

Refiriéndose a su carácter y a su maravillosa carrera, Mr. Joseph W. Grig escribe en el *New York Herald*:

«Mac Donald, como Stanley Baldwin y como Lloyd George, es gran fumador de pipa. Comparte con ellos el gusto por la vida de campo, aunque quizás en mayor medida que ellos, y como Lloyd George, es un entusiasta jugador de golf».

«Mac Donald posee dos casas: la una en el Distrito de Hampstead, en Londres, y la otra en Lossiemouth, en Escocia. En esta última acostumbra pasar los veranos y la Nochebuena en compañía de sus hijos. Los días de fiesta lee en familia a Walter Scott. En ambas casas hay abundantes y selectas bibliotecas, en las cuales predominan los libros de literatura escocesa, poesía, novelas, leyendas, aparte de las secciones filosófica y científica».

«Los poetas favoritos de Mac Donald, son en el orden en que se nombran: Walt